

## Ignacio de Antioquía



17 de octubre de 2023

Rm 1, 16-25

Sal 18

Lc 11, 37-41

P. Eduardo Suanzes, msps

Hoy la Iglesia recuerda agradecida a San Ignacio de Antioquía, mártir al comienzo del siglo II.

Atendiendo a su nombre, que significa “fuego” (*ignis*, en latín), el amor de Cristo ardió tan fuertemente en su corazón que fue llamado *Teóforo* (el portador de Dios), calificativo que, sin jactancia, no titubeó en aplicarse a sí mismo en todas sus cartas, porque para él todos los cristianos después del bautismo se convierten en “Portadores de Cristo” (*Cristóforos*) y son revestidos en el Espíritu Santo

Ignacio había conocido a los Apóstoles de muchacho y, en compañía de Policarpo, fue iniciado en los más profundos misterios de la fe por San Juan el Evangelista. Posteriormente, fue nombrado Obispo de Antioquia, en la segunda mitad del siglo I.

Cuando comenzó la persecución del emperador Trajano (allá por el año 107) en Antioquía, San Ignacio se presentó voluntariamente ante él y confesó su fe en un solo Dios, creador y amigo del hombre y en su Hijo Jesucristo. Entonces se produjo este diálogo entre Trajano e Ignacio:

- «Así que eres discípulo del crucificado bajo Poncio Pilato, ¿lo eres?».
- «*Yo soy el discípulo de Aquél que clavó mi pecado en la Cruz y que ha derrotado al demonio y sus símbolos bajo sus pies*».
- «¿Por qué te haces llamar portador de Dios?».
- «*Porque porto al Cristo viviente dentro de mí*».
- «Entonces que sea el portador del Crucificado llevado en cadenas a Roma y ahí que sea arrojado a los leones para diversión de la gente».

Ignacio se llenó de regocijo y fervientemente besó las pesadas cadenas que le cargaron llamándolas «*mis más preciadas perlas espirituales*».

Durante su larguísimo camino a Roma, se enteró de que los fieles de esa comunidad pretendían evitar su sacrificio; les escribió rogándoles que contuvieran su inoportuno entusiasmo y que no intervinieran:

«*Ahora yo suplico ser un discípulo...mi deseo terrenal ha sido crucificado, y no hay más fuego en mí por amar las cosas materiales, pero hay un agua viviente en mí que murmura y dice en mi interior: ¡Ven al Padre!*».

El amor de Cristo obró tan fuertemente en él que le inspiró con palabras de fuego:

*«Perdónenme hermanos, no me persuadan de vivir, no deseen que yo no muera. Permítanme ser un imitador de la Pasión de mi Dios...déjenme ser alimento de las bestias, por lo que me será posible encontrar a Dios. Soy trigo de Dios y debo ser triturado por los dientes de las bestias para convertirme en pan puro de Cristo. Para hacerse, a semejanza de Cristo, verdadero pan eucarístico, para servir a través de Él mismo en la verdadera y perfecta liturgia».*

Cuando el momento de su prueba final llegó, Ignacio entró a la arena del Coliseo como si se aproximara al altar para celebrar la eucaristía en presencia de sus fieles. Se ofreció a sí mismo con alegría a los feroces leones que se abalanzaron sobre él y le devoraron en breves momentos, sin dejar nada, tal como él lo había deseado, excepto los huesos más largos, según cuentan.

De camino hacia Roma para ser martirizado, compuso siete epístolas —único resto que nos ha llegado de sus extensos trabajos—. Cinco fueron dirigidas a las comunidades cristianas de Éfeso, Magnesia, Tralia, Filadelfia y Esmirna —ciudades que habían mandado delegados para saludarle a su paso—. Otra carta iba dirigida a Policarpo, obispo de Esmirna. La más importante de todas es la que escribió a la comunidad cristiana de Roma, adonde se dirigía, de la cual hemos extraído los párrafos anteriores.